

# EVOLUCIÓN DE LOS CATOLICOS ITALIANOS

CONFERENCIA

PRONUNCIADA EN EL «ATENEO DE MADRID»

POR

D. ENRIQUE PACHECO Y DE LEYVA



MADRID

IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA

Cardenal Cisneros, 10.—Teléf.º 4430

1917







PAC  
PS  
12bis  
1

# EVOLUCIÓN DE LOS CATÓLICOS ITALIANOS

31-PAC

CONFERENCIA

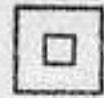
PRONUNCIADA EN EL «ATENEO DE MADRID»

POR

D. ENRIQUE PACHECO Y DE LEYVA

F.A. 183

R. 12.201



MADRID

IMPRESA CLÁSICA ESPAÑOLA

Cardenal Cisneros, 10.—Teléf.° 4430

1917



*Conferencia pronunciada el 24 de enero del presente año, en el Ateneo de Madrid, con asistencia de S. E. el Embajador de Italia en España, Sr. Conde Bonin Longare.*





SEÑORAS Y SEÑORES:



ERMITIDME comenzar esta conferencia con aquellas sencillas, pero elocuentes palabras con que un antepasado mío, amigo entusiasta de Italia, el ilustre estadista y jurisconsulto don Joaquín Francisco Pacheco, ofrecía a S. M. la Reina doña Isabel II la dedicatoria de su libro *Italia*: «Dos veces he visitado la Italia—decía el gran comentarista del *Código penal* y de las *Leyes de Toro*—, y en ambas lo he hecho con el alto carácter de Embajador y Ministro de V. M.; ¿a quién, pues, sino a Vuestra Majestad misma deberé ofrecer como homenaje de respetuosa veneración algunos recuerdos de mi estancia en aquel país, algunas consideraciones de las que inspira naturalmente a cualquier espíritu generoso que se entusiasma con la belleza, y que *toma interés por la suerte y la dignidad* de un noble y simpático pueblo?»

Como el que fué primer Ministro de la *Reina de los tristes destinos*, también yo estuve dos veces en Italia; pero, como habréis naturalmente supuesto, no con



aquel alto cargo, sino con otro más modesto, por igual honroso y también en servicio del Rey y de España. Así como él se interesó, con *espíritu generoso*, por la belleza de aquel país y por la *suerte y dignidad de tan noble y simpático pueblo*, asimismo yo lo he admirado y he procurado conocerlo, sobre todo en aquello que más legítima y justamente halaga a los italianos, en lo tocante a sus destinos, a su progreso, a sus luchas y en sus ideales y ansias de equilibrada y medida grandeza.

No es esta la hora, no es este, desgraciadamente, el momento adecuado para discurrir sobre la esplendidez del solar italiano; además, sobre esto han hablado tantos y tan bien, que volver sobre ello sería tan superfluo, como inoportuno. La hora es trágica, y aunque ya alborazan los primeros velados destellos de una paz remota, aun continúa el macabro festival de la muerte no saciada todavía de tanta desolación y de tanta ruina. Por eso, lo único propio de las circunstancias es estudiar el pueblo hermano y querido, en aquellos aspectos de su vida exterior e interna que más atañan a su *suerte y dignidad* y más útiles pueden ser para nuestro presente y para nuestro porvenir. Y entre los que mayor interés pueden ofrecernos, ninguno tiene mayor importancia, dada la idiosincrasia del nuestro, que el que se refiere a la situación de *los católicos y del Santo Padre en Italia*, asunto que si en toda ocasión es de suyo espinoso, en ninguno lo es tanto como en esta en que de él se han servido los enemigos de Italia y de la verdad, para una propaganda que molesta y ofende nuestros desvelos por la paz y reconstitución española. Sé la inmensa dificul-



tad que tiene el tratar de esto; sé que otros podrían hacerlo con más brillantez; pero también sé (por otro lado) que esos mismos no podrían realizarlo, porque a tema tan digno de estudio, tan hondo y serio para nuestro país, apenas le han prestado aquella atención que a todo nuestro problema religioso le vengo yo concediendo desde hace años. Los acontecimientos gravísimos que se suceden a toda hora, nos invitan a la precisión y nos conducen a lo concreto; por eso, señores, no me detengo en hacer más extensa esta introducción; mas, antes de pasar al asunto, debo advertir que se equivocarán respecto al fin de esta conferencia los que esperen que *voy a servirme de ella* con miras que no estén por encima de todo partido y por encima de toda subjetiva apreciación con el hecho de la guerra europea. Me lo veda *la ley*, y si ésta no me lo prohibiese, sería yo quien lo hiciera, obedeciendo así a mi temperamento y particular manera de ver las cosas. Mas debo anunciar a la vez, que no me olvido de que *lo cortés no quita lo valiente*. Es decir, que la *moderación* no eclipsará la *verdad*.

### Opinión y prestigio de la Santa Sede

El 17 de agosto de 1774 escribía Floridablanca al Conde de Aranda el siguiente párrafo: «Roma no tiene ya crédito en lo temporal para turbar la paz de Europa como lo hacía en los siglos precedentes, pero conserva bastante opinión para alterar si quisiera la quietud interna de los Estados.»

Ese mismo sentido se puede reproducir ahora con



entera exactitud: Roma, «si no tiene crédito en lo temporal—como decía el Embajador de España, Ministro de Carlos III, ante el Santo Padre—, si ha perdido el poder de este carácter que entonces tenía, y hasta la esperanza de su recuperación, Roma *conserva opinión*, Roma *tiene hoy mayor prestigio que nunca*. Y esa opinión, señores, la posee en Italia; y ese prestigio en ella y fuera de ella. Pero *opinión y prestigio* no son en orden a la restauración del poder temporal—caído para siempre desde que se hizo la Unidad Italiana, desde que se vertió a raudales la sangre para batir toda teocracia, toda reacción, todo lo que a la sombra de la fe pretendía o pretendía instaurar nuevamente en el mundo, un poder que se oponga al laicismo, a la supremacía civil—, a la vida netamente civil que la mayoría de los hombres hemos aceptado con toda voluntad y con resuelta decisión de que no desaparezca—sino en relación a la supremacía e indiscutible autoridad espiritual del Soberano Pontífice—. Durante la guerra, hasta los países más distanciados de toda relación oficial con la Santa Sede, lo han demostrado, mandando, entre otros Inglaterra, a sir Henry Howar en calidad de enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario de S. M. británica, ante la Santidad de Benedicto XV, en diciembre de 1915.

Como la Gran Bretaña, también los Estados Unidos y Holanda, con la que se ha restablecido una aproximación, cuya ruptura databa desde que en 1899 se reunió en La Haya la primera conferencia de La Paz.

En fin, señores, el mundo todo, cuando la guerra se presentaba en toda su ferocidad terrible y cruel, se



acercaba a la Santa Sede reconociendo y buscando su indiscutible y suprema autoridad espiritual. Pues bien: los católicos italianos, dándose cuenta de que la restauración del poder temporal era cada vez menos posible, y que las exigencias de la Patria demandaban el concurso de sus huestes, se decidieron a entrar en la vida política de su país, correr al lado de éste sus vicisitudes; colaborar a la satisfacción de sus aspiraciones, cooperar al éxito de sus ideales, y padecer con él las desventuras, si venían. Querían, pues, como la mayoría de los Estados de la tierra, agrandar el *prestigio* y la *opinión* del Pontificado, no por medio de batallas inútiles, ni declarándose enemigos del Estado, sino como propusiera uno de sus jefes, Felipe Meda, antes de la muerte de León XIII, *penetrando en todas las ramas de la vida nacional, y purificándolas con el amor a la patria, con honradez y excelente conducta*. Mas antes de llegar aquí, ¡qué de luchas, cuántas evoluciones no tuvo que sufrir la falange católica! Debo referirlas aunque sea brevemente.

\*  
\* \*

Aquellas generaciones que recordaban cómo se apoderó el *Directorio* de Pío VI, dejándole morir en Valenza; cómo Napoleón arrastró a Pío VII, a Savona y a Fontainebleau, y que tenían viva la impresión que les dejara la huída a que obligaron a Pío IX los hechos de la República Romana; esas generaciones, católicas, no podían, y no pudieron, ver con indiferencia los sucesos del 20 de septiembre; esperaban que de éstos surgiera



una nueva y personal aflicción para el Santo Padre; pero aunque el tiempo se encargó de demostrar que de la Unidad Italiana no había que temer la repetición de los actos realizados por el Directorio y el Imperio francés, y por la República romana, en sus almas, preparadas por educación y por el desastre a la intransigencia, surgió el odio al Estado italiano, formando una nutrida masa, de la cual sólo quedan agónicos rescoldos, que son los que constituyen el partido de la intolerancia, el grupo que sueña aún, no queriendo convencerse de la realidad, con la restauración del poder temporal del Papa. Ese grupo, nada importante en número al estallar la guerra, es el que, olvidándose de que Italia no ha tratado más que de defender sus aspiraciones nacionales, arroja sobre los elementos extremos la responsabilidad del cese de la paz.

Del seno de los primeros (intransigentes o zelantes), nombres con los cuales se designa el grupo que historiamos, surgió la voz intolerante del teólogo Margotti. Este inspiró el *Non expedit*, el documento que, prohibiendo a los católicos toda participación en la vida pública de la política, los había de tener largos años alejados de ella. La fórmula *ni elegidos ni electores* fué el dogma que predominó en la actuación católica italiana, y Margotti fué quien lo concretó en esa frase y difundió con calor y actividad.

Pero la pasión política, la recrudescencia de la campaña y propaganda socialista coincidieron con la necesidad que los católicos sintieron de un reformismo social. La vulgarización de los escritos de Monseñor Ket-



teler, del Conde Mun, del Marqués de la Tour-du-Pin, y los de Gaspar de Curtins, y las reuniones de Friburgo, donde se juntaron los católicos de todo el mundo para redactar juntos un programa que los orientase ante los nuevos problemas, convencieron a muchos católicos italianos que era inaplazable la hora de intervenir, por lo menos en la solución del problema social.

Bismarck, y con él todos los irreligiosos y anticatólicos del mundo, esperaban que a la supresión del poder temporal sucedería el abatimiento del poder espiritual. El Canciller razonaba así: «O el Papa cederá ante el nuevo estado de cosas en Italia, o no cederá; si cede, dejará de ser el Jefe de la Iglesia Universal, para no ser otra cosa que el Capellán Mayor de la casa de Saboya; en cuyo caso, lo lanzaremos contra los diversos nacionalismos en el terreno político-religioso; si no cede, se colocará en una actitud intransigente, en cuyo caso haremos vibrar la cuerda del patriotismo italiano, haciendo que choque el sentimiento de la italianidad con el centro del catolicismo.» No contó entonces el gran Canciller, como en 1915, el actual, (1) con el buen sentido de los católicos italianos. Ya en 1874, los favorables al nuevo régimen, supieron separar la *política* de la *religión*, como en 1915 han sabido los católicos distinguir y señalar aquello que, como católicos, deben al Papa, de

---

(1) Esta conferencia, como se dice en lugar oportuno, se pronunció el 24 de enero de 1917, cuando aun estaba en el poder el sucesor del Príncipe Bülow, Bethmann Hollweg.



aquello que a Italia le deben como ciudadanos. ¡En el país cuna del Derecho se sabe precisar, como en ningún otro, cada esfera de acción, su radio y su límite!

Reconociendo los católicos la necesidad de afrontar la cuestión social, comenzaron, en 1874, la *Obra de los Congresos*. Poco despues, pensaron algunos con el célebre polemista del *Osservatore Cattolico*, D. David Albertario, que la fórmula «ni electores ni elegidos» no tenía, por su carácter negativo, valor ni significación para una acción positiva, en el caso que fuera preciso acabar con el retraimiento, y, por tanto, que había llegado el momento de concretar otra más efectiva, que fué la *preparación en la abstención*. Su publicidad se acogió con gran entusiasmo; Albertario quería llevar su bandera, La Papal, al Parlamento, ¡al Parlamento nacional!; pero sin confundir la cuestión Papal con el legitimismo. Este podía interesar a Nápoles, a Parma y, hasta, si se quiere, al gran ducado de Toscana; pero a los católicos, jamás.

Un hombre de estudio, una lumbrera de la Universidad de Pisa, que goza hoy de universal nombradía, el profesor José Toniolo, constituía en 1889, en la diócesis de Padua, *La unión católica para los estudios sociales*, cuyo programa, hábilmente trazado, sustancialmente decía: «TRABAJAR POR LA RESTAURACIÓN DEL ORDEN SOCIAL CRISTIANO, SEGÚN LA DOCTRINA CATÓLICA Y LA TRADICIÓN DE LA CIVILIZACIÓN ITALIANA EN SU HISTÓRICO ENLACE CON LA MISIÓN DE LA IGLESIA Y DEL PONTIFICADO». No fueron pocos los que se preguntaban si este intruso, en su deseo de restaurar el orden social, según el Cristianismo,



no olvidaría la cuestión romana. Pero, entretanto, se discutía acerca del alcance de un programa así expuesto. Toniolo caminó, con paso firme, derecho a destruir el aislamiento de los católicos italianos respecto de los intereses de su país. ¿Por qué—se decía—separar a éstos de aquella cuestión? Pues qué, ¿no estaba el pueblo tan oprimido como el Papa? Toniolo tomó por propia la causa del proletariado, y fundando la *Revista Internazionale*, se dispuso a la lucha.

En los Congresos de Turín (1895) y de Fasiole (1896) se trataron largamente las cuestiones sociales acerca del salario, de los días festivos, *del minimum* del trabajo, y los sistemas racionales del cultivo, y, a raíz de ellos, aparecieron en el terreno práctico dos apóstoles: Don Cerrutti, en Venecia, organizaba las *cajas rurales*, y el teólogo Portaluppi, otras instituciones económicas; así, por medio de esta, cada vez más acentuada, acción social, se iban compenetrando los fines católicos con algo que no era otra cosa que el bienestar de la Patria sagrada. Pero la fusión definitiva no le estaba reservada al siglo XIX; históricos acontecimientos que habían de agitar primero y ensangrentar después los comienzos del XX, habían de originar la *oportunidad* para que aquélla se realizase. Los autores de ese movimiento, los que habían de señalarla, esos realizaban ya la acción católica, y militaban en las columnas de la *Revista Internazionale*, bajo el lema de Albertario *Preparación en el retraimiento*, y la sabia dirección de Toniolo y Monseñor Salvador Talamo, y eran los jóvenes de privilegiado talento que se llamaban Felipe Meda, jefe después de los



católicos organizados y hoy Ministro de S. M. Víctor Manuel III, en el departamento de Hacienda, Maurí, Micheli, Agliardi, Rocca, d'Adria, Caisotti de Chiusano y otros.

En el *Congreso de estudios sociales*, celebrado en Padua en 1896, se discutió el *impuesto progresivo*, y en él apareció impugnándolo un jovencito, Rómulo Murri; el que llamaron después el *Iluminado*, el que más tarde había de caer en el *modernismo*, el que, por fin, había de apostatar, no sin dejar antes una perniciosa estela que, si un día tuvo por lema contra la escuela de Meda *con Roma e per Roma sempre*, en otro vergonzoso trato político con Turati y los jefes del socialismo radical.

Fruto de las campañas de la *Obra de los Congresos* fueron también los anteriores de Génova en 1892, y el famoso de Milán, 1894. En éste se redactó un programa conocido por el *Programa de Milán*. Firmado por el iniciador de la *Unión Católica*, lo estaba, a su vez, por otros católicos prestigiosos, como los Condes Medolago, Albani y César Sardi; por el Marqués Bottini de Lucca, y por el Profesor Olivi de Módena. Su contenido se refería a lograr un orden social *cristiano-católico* por medio de la desaparición de la *lucha de clases*, frente al partido que había monopolizado el socialismo, dándole una significación singularmente materialista, expresión en perfecta antítesis con el movimiento *catolico-social*, que, por ser católico, era y es la negación más rotunda de toda afirmación de aquel orden. El programa contenía más: buscaba la unión del capital y el trabajo, de suerte que se compenetrasen por la *paz* y no



por la *lucha*. En suma, el ideal de Toniolo era el *triunfo de la democracia cristiana en el siglo xx*, en el *siglo del pueblo*.

Murri, entonces retoño de la pasada intransigencia *Zelantti*, sostenía, con furia de energúmeno, la enemiga al Estado Italiano, y aun contra todos los Estados, predicando que se había de mantener hasta que volviese el día en que la Iglesia no hiciera más que mandar, y el Estado no tuviera más que obedecer. Frente a este joven, a quien no faltaban ni talentos ni cultura, se presentó a impugnarle un amigo suyo, abogado, pero más equilibrado, infinitamente superior en ponderación y aprecio de la realidad política: era Felipe Meda. Nada de estridencias, nada de guerras sin cuartel, nada de estéril lucha en el seno del catolicismo, ni en el seno del país. Meda decía: «EL PRIMERO E INELUDIBLE DEBER DE TODO BUEN CATÓLICO ES REALIZAR UNA OBRA DE PENETRACIÓN EN TODAS LAS RAMAS DEL ESTADO, A FIN DE PODER DEMOSTRAR CON HECHOS QUE NINGUNA OPOSICIÓN HAY ENTRE EL ESTADO MODERNO Y EL CATOLICISMO EN ITALIA».

Señores, dejo a vuestra reflexión el alcance profundo que tienen estas palabras. Pero debo decir de mi cuenta, que quien en 1900 fijaba este credo tan lleno de percepción de la realidad, no podía dejar de ser otro que el que en 1916 debería representar a los católicos-organizados en el gabinete nacional que sellaba con broche radiante de gloria la *unión sagrada* entre todos los italianos.

De un trabajo de otro católico ilustre, amigo de Meda y mío, he tomado esas palabras; el autor que las recoge es el sabio y dignísimo sacerdote don Ernesto Vercesi,



otro batallador de la citada falange política; ellas encarnaban ya la fusión; ellas eran las que habían de preparar el ambiente para que triunfase. Murri, con sus demócratas-cristianos, con sus exageraciones reaccionarias hoy, y con las radicalísimas de mañana, formó partido, siendo éste uno de los tres que comúnmente son llamados católicos, de los cuales es el primero el intransigente o zelante, de que hablé al comienzo de esta relación histórica. Ese partido que fundó y ya no dirige Murri, no tiene representación en la Cámara, pero goza de alguna influencia en ciertos centros y comarcas de la nación italiana. El verdadero partido católico, el único que pesa en la política del país, es el de los católicos-organizados, cuyo verbo es Felipe Meda.

No se entienda que éste, al formular que «no había oposición entre el Estado moderno y el catolicismo en Italia», pretendió, o quiso con esto, ser traidor a la política del *Non expedit*; no: Felipe Meda, siempre invariable, rendía aun así su debido homenaje al Pontificado; pero, sin perder ocasión, como había mantenido siempre, para demostrar que era necesario que los católicos se preparasen a la lucha política. Sabía que, ni a León XIII, autor de la Encíclica *Rerum novarum*, en torno a la cual habían girado todas las iniciativas de la *obra social* de los católicos italianos, como del mundo entero, ni a su secretario de Estado, el Cardenal Rampolla, les agradaba una tendencia de ese corte, porque no estaban dispuestos, ni el uno ni el otro, a suavizar el documento que inspirara un día el creador de la fórmula «ni elegido ni elegibles».



A pesar de ello, y aun no desconociendo que por entonces no podían tener completo éxito sus campañas, se atrevió a combatir la intransigencia Murriana, diciendo: «Donde tú dices *guerra de la Iglesia contra el Estado*, no pocos entienden *guerra de la Iglesia contra la Patria*. Sé que no esto lo que tú quieres decir; pero ello poco importa; la consecuencia no será más que esa, y ciertamente desastrosa.»

Meda había ya equiparado *Estado a Patria*. La polémica subió de punto, y entonces, para ponerla fin, y sólo con éste, y no con otro objeto ni alcance — como han pretendido muchos católicos, y los españoles en su mayor parte —, apareció en 1901 la Encíclica *Graves de comuni re*. Sin embargo de que León XIII no patrocinaba las corrientes patrióticas de los amigos de Meda, como sabía que eran verdaderos católicos y apóstoles de la obra social, insinuó a los antiguos del partido la conveniencia de dejar paso a la juventud, llegando a hacer conocer a Paganucci, que dirigía todas las fuerzas católicas desde Venecia, que renunciase a su cargo. La juventud nombró entonces al conde Juan Crisoli.

La aproximación se agudizó; cada vez se fué haciendo más intensa. La mayoría de los católicos adoraban a su patria; no faltaba más que concurriesen los acontecimientos para que asomasen a los labios, públicamente, el beso que daban a su bandera tantas veces con los amores y en las soledades del corazón.





## Evolucionona el clero

¿Y el clero, evolucionó o se quedó rezagado entre los pliegues del cada vez más rasgado manto del temporalismo? El clero, señores, también evolucionó. Aquel anticlericalismo, jacobino y ateo, que predominó en Italia hasta unos doce años después de la pérdida del poder temporal, se fué poco a poco esfumando; pero aun quedó por largo tiempo un odio difuso contra el clero y la Iglesia en general, a cuya desaparición tenía no poco que contribuir la del espíritu anti-italiano que dominaba a la política vaticana, respecto a la interior como a la exterior.

Cuando aquella enemiga y este mal espíritu se iban alejando, crecía por entonces la fiebre nacional en aras del engrandecimiento, el deseo de cultivar la inteligencia, el ansia de suprimir el analfabetismo y la extensión de una propaganda en pro de la difusión de la cultura. Se iba consolidando la Unidad; en una palabra: se estaba haciendo la NACIÓN ITALIANA.

Durante el pontificado de León XIII, pontificado genuinamente anti-italiano, el clero no pudo dejarse llevar de ninguna expansión patriótica. La corriente católica en pro de la aproximación a lo civil, llegaba hasta las puertas de los curatos rurales; pero ante sus umbrales quedaba detenida, como si el *Non expedit* le saliera al encuentro.

Con el alba del pontificado del Pío X, se inició una mayor libertad; en efecto: el ex Patriarca de Venecia era, antes que otra cosa, un sacerdote de ánimo noble



y de gran conciencia; él se preocupaba más del lado espiritual que del mundano, desde el más elevado cargo a que el ser humano puede ser llamado, y allá en Venecia se había mostrado hábil organizador y administrador, e italiano patriota.

La juventud católica, que proclamaba *que ninguna oposición había entre el Estado moderno y el catolicismo en Italia*, se alborozó al saber la exaltación de José Sar- to S. S. Pío X; y el clero, que por obediencia y disciplina, más que por asentimiento, había callado, también recibió con entusiasmo al nuevo Pontífice. Tras tan fausto acontecimiento vino la huelga de 1904, que, por espacio de cinco días, perturbó gravísimamente al país, y, con tal motivo, cambiaron las relaciones de la Iglesia y el Estado. Éste y aquélla fueron seriamente amenazados, y ante ello, «*ambas partes*—digámoslo con palabras de Bagot— han reconocido que en estos tiempos, en que las fuerzas cooperantes a la libertad y al desorden buscan la ocasión de promover, con el descontento social, un estado de permanente antagonismo entre ellas, sería abonarlo, no solamente dañoso, sino también peligroso a Italia, a la Iglesia y a Europa.»

Inspirados los católicos-organizados y el clero en la esencia de esta consideración y en su patriotismo, reconocieron que era urgente tomar parte en la vida pública, y por eso el gran partido se dispuso a fomentar el saneamiento parlamentario, a ganarse el alma popular. En suma: decidió que era la hora de incorporarse a la vida nacional.

Había ya muerto el *Pontífice-estadista* León XIII; bajo



la mano de un criminal, también había dejado de existir en Monza el Rey Humberto I; dos grandes figuras, pero que habían tenido el defecto: el uno, de no quererse adaptar a las realidades italianas; el segundo, de no saber desenvolverse, por efecto de educación, entre las exigencias de los tiempos nuevos.

El nuevo Rey tenía un concepto distinto de la Monarquía: quería ser ciudadano antes que Rey, y lo ha cumplido a maravilla.

El sucesor de León XIII provenía del pueblo; si era para muchos intolerable en Religión, porque quería *restaurar la Iglesia en Cristo*, no por eso dejaba de ser el varón que las circunstancias demandaban en relación a la política italiana. Italia necesitaba un Rey esencialmente demócrata; la Iglesia un Pontífice que hubiera vivido, conocido y sentido las necesidades más rigurosas y tristes del pueblo.

En el Rey, inclinado por temperamento y educación a acoger con atención a los partidos del porvenir; los católicos, ávidos de incorporarse a la política, podían fundar la esperanza de que serían bien recibidos, y en el Pontífice que no lo dificultaría.

El huracán de la huelga conmovió al país. Giolitti quiso pulsarlo, y convocó a nuevas elecciones; el *Non expedit* estaba aún en vigor, y el clero y los católicos se preguntaban: «¿Vamos a dejar pasar la ocasión que nos brindan las elecciones generales? ¿No contraeremos una grave responsabilidad manteniendo el retraimiento, cuando el país busca algo que le garantice de los desmanes de la Casa del Pueblo? ¿Por qué dejar sin ampa-



ro el porvenir de la Patria, de la Iglesia y de la Monarquía? La Santa Sede no derogó el *Non expedit*; pero dejó hacer. El marqués de Cornaggia, director de la *Liga lombarda*, se presentó por Milán; el abogado Cameróni, por Treviglio, y con éstos, otros, que anunciaron: que ante los *nuevos sucesos* ellos continuarían su campaña, convencidos de subir al Parlamento con *tranquila conciencia*.

Este gran acontecimiento dejaba tácitamente atrás la *cuestión romana*, la del *poder temporal*, y, como, desde esta fecha, dada la declaración de la Santa Sede, que la *solución de aquella se la reserva*, faltaría a la verdad si no os dijera que, para el clero y los católicos-organizados, así como para todos los demás italianos, menos para el partido intransigente, la *cuestión romana*, las pretensiones de aquella parte de la curia que no se rinde ante la realidad, el poder temporal, sólo son hoy materia para historia.

Con absoluta objetividad voy refiriendo hechos, sin querer alegar aquellas impresiones que, durante mi estancia en Roma, me los confirmaron por entero.

Para salvar el homenaje debido al pontificado, se preguntó si la representación católica en el Parlamento se había de llamar de *diputados católicos* o *católicos diputados*. Optóse por ésta, toda vez que se acordó que no habían de constituir un partido confesional ni agrupación al estilo del Centro germánico; y así, después de resolver todas las perplejidades, los amigos de Meda, los que realizaron con él la obra DE PENETRACIÓN EN TODAS LAS RAMAS DEL ESTADO, PARA PODER DEMOSTRAR CON HECHOS



QUE NO HAY OPOSICIÓN ENTRE EL ESTADO MODERNO Y EL CATOLICISMO EN ITALIA, no sólo mantuvieron sus candidaturas, sino que lograron su elección, apoyados calurosamente por el clero.

Murri había cambiado ya, y pretendió desposarse con los socialistas reformistas. En vano pidió apoyo a Turati; en vano ofreció a Bisolati una campaña contra los *clericales*, como él y otros llamaban a Meda y los suyos; su candidatura ni siquiera se fijó en las paredes. Por la fuerza de la realidad, por el imperativo categórico de los hechos, murió el *Non expedit*, y no sólo murió por la fuerza de aquélla y de los últimos, sino por las concesiones que para suavizarlo hizo a varios prelados de Italia con motivo de las elecciones mencionadas, Su Santidad Pío X.

¿Cuál era la situación de los católicos antes de estallar la guerra? Todos los que me escucháis sabéis y entendéis de política, y porque entendéis y sabéis de ella y de los acontecimientos que han ocurrido en Europa en el último tercio del siglo que acaba de expirar, fácil os será comprender cuál sería la de unos hombres que, por espacio de cuarenta años, habían permanecido en el retraimiento; la de aquellos que, por tener las ideas católicas, a pesar de todas las aproximaciones, aun se les veía con serios y no del todo inmotivados prejuicios.

Si un acto trascendentalísimo había de contribuir a destruirlos, la actitud de los católicos, con relación a la política internacional en el primer año de la guerra europea, habría de recrudecerlos, si bien tan sólo por el poco tiempo que tardó en llegar la *Unión sagrada*.



El acto aquel a que me he referido, es el siguiente: los radicales y los socialistas, ávidos, políticamente hablando, de cizañar el campo católico, y procediendo inconscientemente y como si fueran los mejores ejecutores e instrumentos de los deseos que tuvo el primer canciller alemán, que, como recordaréis, consistía en poner frente a los sentimientos patrióticos los político-religiosos, si el Papa no se convertía en un capellán de la casa de Saboya, exigieron del exiguo grupo de diputados católicos una declaración acerca de si reconocían o no las instituciones del Estado italiano.

El abogado Cameroni, que comparte con Meda, Micheli y los condes de la Torre y Sotti, la dirección de los católicos-organizados, dijo: «VOY A PRONUNCIAR, SEÑORES, EN MI NOMBRE Y EN EL DE LOS MÍOS, EL MÁS BREVE DISCURSO, A LA PAR QUE EL MÁS TRASCENDENTAL QUE JAMÁS SE PRONUNCIARA EN EL PARLAMENTO ITALIANO: ¡VIVA ROMA, CAPITAL DE ITALIA!» Y se sentó. Figuraos la impresión que esto produjo en la Cámara italiana.

Los que aun quieren mantener viva la falsedad de que el Gobierno italiano es el *carcelero del Papa*, de que Italia es *usurpadora de su poder temporal*, ¿han detenido en este hecho su atención, sin encono ni prejuicio, para reflexionar y hacer juicio? ¿O han dejado de hacerlo porque no quieren que prevalezca, ante la pura luz de la verdad, más que su obstinada obcecación, o sea — como dijo Meda, dirigiéndose a unos pocos católicos italianos que aun ven las cosas como la mayoría de sus correligionarios españoles— porque imperen de las cosas, no lo que ellas son en sí, sino aquello que se quisiera que fuesen?



## Nacionalismo e irredentismo

Así como los acontecimientos de 1904 habían decidido a los católicos a entrar y fundirse en la vida pública nacional, por otras consideraciones, las demás fuerzas políticas, tanto gubernamentales como izquierdistas, realizaron una verdadera transformación, que cambió por completo el alma del país.

Entre las nuevas agrupaciones que surgieron, se destacó, en 1910, de un modo notable, la formada por un grupo que se tituló *nacionalista*. Tenía por principal objeto estimular la solidaridad nacional, reaccionar contra toda doctrina que concediera a los intereses de clase mayor importancia que a los nacionales. En una palabra: el nacionalismo oponía *al interés de la profesión, el interés nación*; es decir, el valor fundamental del grupo étnico. Además, este partido afirmaba que, rebelarse por los intereses de Italia contra todos aquellos que amenazasen sus aspiraciones exteriores, era esencialísimo. Alfredo Rocco fué quien de esta suerte marcó el objeto primordial del partido del cual es uno de los jefes.

Como comprenderéis, señores, era lógico que una agrupación así fuera la primera que recogiera las ofensas que Austria hacía un día y otro al sentimiento de italianidad en el Tirol y en Trento; la que preparase el ambiente para el castigo; la que primero hablase al pueblo de una guerra de redención, de regeneración, por la cual se completase el sueño que no habían podido realizar por la fuerza de los acontecimientos los hombres de 1866. Deseaban los *nacionalistas* «*la guerra*» para



recuperar a Trento, a Trieste, a la Dalmacia; para disfrutar de mejores y más seguras fronteras; para gozar en el Adriático, en el Mediterráneo, en los Balkanes, en Asia Menor, una situación menos inquietante que la que tiene Italia hoy.

No pretendía el *nacionalismo* la guerra por la guerra, sino porque una gran potencia como Italia es, estaba en el deber de realizar los que le cumplían como a tal. Según los *nacionalistas*, el primero era imponer la influencia italiana hasta donde lo consintieran las fuerzas de la nación. ¿Quiere decir esto que se deba por entero la entrada de Italia en la pelea a la acción del nacionalismo? No; de ninguna manera. Pero hay que advertir que esta agrupación es la que más ha exaltado el patriotismo; la que más ha propagado los justificados anhelos del *irredentismo*, disponiendo para hacerlo de escritores tan sobresalientes como Corradini, Oliva, Coppola, Davanzati, Maraviglia y Alfredo Rocco, y de tan entusiastas diputados como Federzoni, Gallenga, Bevione y Medici; *nacionalismo e irredentismo*, son dos expresiones de un mismo proceso espiritual, dos fases, señores, de un mismo estado de alma. La de Italia cada vez estaba más herida. A pesar de la Triple alianza, de aquel tratado que debía ser «obra de defensa legítima, de equilibrio y de paz», Austria venía despertando, desde la paz de 1866, hora tras hora, los antiguos resentimientos en Italia, por medio de una política contraria a sus aspiraciones, llevada a cabo con tenacidad demoledora en las tierras irredentas, que venía a ser la mejor colaboradora del *nacionalismo*.



En la Dalmacia y en Trieste, no trataba más que de combatir los sentimientos italianos, en reducirlos gradualmente, en atropellarlos y en disminuir su valor numérico y lingüístico, pretendiendo lograr así que se eliminasen las causas principales de la tendencia patriótica y las aspiraciones italianas a anexionarse las citadas regiones.

Pero esta política, realizada con inhabilidad y rudeza, lejos de hacer desaparecer las ansias italianas de libertar a los pueblos irredentos, contribuía a agrandarlas.

No permite una conferencia el análisis. Baste decir que las quejas, los clamores que toda esa política originaba, los recogió el *nacionalismo*. Los anhelos de *redención* los hizo suyos, y por ellos veló el Gobierno al exigir las *compensaciones* a que tenía derecho por el art. 7.º del tratado de la Triple, y ellos fueron los que resolvieron, conjuntamente con otros, a los católicos, a pesar de su *neutralismo* de los primeros meses, a la *intervención armada*. Y esos, señores, son los anhelos que tuvo en cuenta el Príncipe Bülow para escribir en su profundo libro *Política alemana*, lo siguiente: «LA CIRCUNSTANCIA DE QUE CASI UN MILLÓN DE ITALIANOS PERTENECEN A LA MONARQUÍA HABSBURGUESA, HA INFLUÍDO REPETIDAS VECES, Y TODAVÍA INFLUYE, EN CONTRA DE LAS RELACIONES AUSTRO-ITALIANAS. ESTE HECHO CONSTITUIRÁ UN PUNTO DELICADO PARA EL PORVENIR.»

Y el párrafo que pone a continuación, dice así:

«Los italianos no contemplan a sus compañeros de raza, colocados al otro lado de los postes amarillos y negros de la frontera, *con la resignación* que nuestro



más grande hombre de Estado ha recomendado al pueblo alemán, con respecto a nuestros hermanos de raza que viven en el extranjero, y, especialmente, en Austria-Hungría. Italianos y austriacos recordarán siempre la gran verdad que un significado estadista italiano, el Embajador Conde Nigra, vertió delante de mí estas palabras: «Austria e Italia sólo pueden ser aliadas o enemigas.»

«Lo mejor—añade el ex canciller—para los intereses de los dos países, es que permanezcan aliados.»

Esto se publicaba en 1913, precisamente en el mismo año que en el mes de agosto el Gobierno italiano se negaba a aprobar los proyectos austriacos de una expedición de castigo contra Serbia, en defensa de aquello que reconocía el Canciller PUNTO DELICADO PARA EL PORVENIR, porque contrariaba las aspiraciones nacionales italianas, el equilibrio y el porvenir de la paz europea, misión la más principal que señalaron los fundadores de la Triple alianza a este tratado.

Austria entonces contestó a la negativa con los famosos decretos del Gobernador de Trieste, que tan profundamente atentaron a la dignidad de Italia y a los pueblos irredentos.

### 1914.—La guerra

Era a fines de la primavera de 1914. La paz imperaba en todo el mundo: en Roma, el tiempo era espléndido, pero caluroso.

El 27 de mayo, Su Santidad Pío X, rodeado de su incomparable corte, celebraba Consistorio público. El



Arzobispo de Bolonia, más tarde Benedicto XV, recibía el capelo. ¡Qué hermoso e inolvidable día aquel! El ir y venir de los turistas, de los diplomáticos, de los Cardenales, Obispos, Abades y clero regular y secular; de cuantos habíamos tenido la dicha de presenciar el espectáculo consistorial, el más solemne, fastuoso y magnífico de cuantos pueden realizar y admirar los hombres en la tierra, daba a la inmortal ciudad una animación singular, grata, variada e interesante.

Por aquellos días las playas del Sur, tan concurridas en invierno, se iban poco a poco despoblando. La estación de Roma estaba invadida a toda hora por un hormiguero humano, que se disponía a salir para el Norte. *La semana roja* había pasado... El Gobierno había impuesto el orden; nada había que temer, y ¡la paz, señores, imperaba en el mundo!

Mas a poco, un suceso inesperado sacudía e interrumpía la tranquilidad en Europa. Francisco Fernando y la Duquesa de Hohnberg caían trágicamente en Sarajevo. Austria entonces presentó a Serbia, el día 23 de julio, una Nota pidiéndole reparaciones, que implicaban el suicidio del pequeño Estado ante la tumba ensangrentada del Archiduque. Austria no le concedía más que dos días para consumar el sacrificio. La guerra europea se inició.

Por aquella fecha me encontraba yo en una bella y plácida ciudad del Norte de Milán, situada al pie del lago Mayor, al borde del que lleva el nombre del lugar, en Varese. Desde este sitio encantador me trasladé a Milán, y allí pude comprobar que la situación era gra-



ve, que el pueblo italiano se daba por entero cuenta de la trascendencia del momento. No era pública entonces la respuesta negativa que en agosto de 1913 había dado el Conde de San Giuliano al de Burian, respecto a la expedición de castigo proyectada por Austria contra Serbia; así que el pueblo, aunque tenía bien presentes los agravios que recibía en las provincias irredentas, no sospechaba que el *ultimatum* de Austria a Serbia contenía en germen la conflagración europea y la entrada de Italia en la lucha.

Para las clases gobernantes, para las directoras, al ver que Austria procedía contra el espíritu y letra de la Triple alianza respecto a la paz y al equilibrio de Europa; que se conducía en oposición, al parecer ya manifestado por Italia en agosto de 1913, de no consentir la *expedición de castigo* contra Serbia; que ella representaba un perjuicio para los intereses vitales italianos, dieron por terminado de hecho el aludido tratado.

¡Semana dura, inquietante y triste, fué la que siguió a aquella fecha! Unos creían en la inminencia de la conflagración; otros, que acabaría pacíficamente la angustiosa ansiedad. Mas no; el 29 de julio, por la noche, el Canciller alemán preguntaba al Embajador inglés «si Inglaterra se comprometía a permanecer neutral en el caso de una guerra europea, si prometía Alemania respetar a Holanda, privando tan sólo a Francia de sus colonias». Así lo dice un documento diplomático, que para muchos ya tiene el carácter de histórico. ¿Qué había pasado? Únicamente los reunidos en Postdam lo saben. Con certeza histórica, aun se desconoce; pero ya hay datos



bastantes para hacer objetivamente el resumen que sigue:

En los primeros días de la semana fatal que corre del 24 de julio al 1.º de agosto, Austria provoca abiertamente el conflicto, ora amenazando a Serbia, ya declarándola la guerra; pero, sobre todo, rechazando cuantos medios pacíficos se la proponen, y negándose a escuchar los avisos de Rusia, contra la cual todo se podrá alegar menos el no haber hablado claro desde los primeros momentos... Paralelamente, Alemania interviene y se conduce ambiguamente; pero procurando siempre favorecer, aunque veladamente, sin declararse mucho, los planes y los manejos de Austria. En los últimos días, ésta parece atenerse a razones; pero más por las palabras que por los hechos, porque en tanto intenta avenirse a la propuesta inglesa de someter la diferencia al examen de Francia, Italia, Inglaterra y Alemania, a ésta la incita a ponerse de su parte y a amenazar a su vez. Consiente en ello Alemania; al principio con evidente circunspección; hasta que a la primera resistencia un tanto seria de Rusia, y cuando todos estaban pendientes de ella, acaba en pocas horas con la esperanza; pues el 29 por la noche, horas después de haber recomendado «*que había que evitar la guerra entre las grandes potencias*», resolvía «*la guerra universal*». ¿Qué razones tuvo? Se ignoran. Esta es la síntesis que se desprende del examen frío y objetivo de los documentos publicados por todas las Cancillerías, de los cuales resulta también que los motivos de esa decisión alemana son hasta la fecha el gran misterio de esta terrible historia.



Pero el caso fué que el 1.º de agosto la guerra europea estalló, y el bello, brillante y espléndido sol, que hasta entonces nos había sonreído en la vida, y que aquel día manchaba de fuego y púrpura el horizonte, se despidió de nosotros, eclipsándose por detrás de la cúpula de San Pedro, de la catedral del mundo, donde se guarda el sacramento de la paz, para no alumbrarnos más en nuestros años.

### ¿La traición de Italia?

Dijo, señores, el sucesor de Bismarck acerca de la posibilidad de que Italia no pudiese formar al lado de Austria y Alemania en todas las situaciones y hasta las últimas consecuencias, que ello dependía «DE LA FORMA EN QUE, EVENTUALMENTE, SE PLANTEASEN LAS CAUSAS DE UN CONFLICTO EN EUROPA»; ha sostenido, además, que «NINGUNA POTENCIA SE AVENTURARÍA A LUCHAR—contra los vínculos de la Triple Alianza—, A NO SER EN DEFENSA DE VITALES INTERESES»; y recordaréis que también ha dicho que «LA CIRCUNSTANCIA DE QUE CASI UN MILLÓN DE ITALIANOS PERTENECE A LA MONARQUÍA HABSBURGUESA, HA INFLUIDO REPETIDAS VECES, Y TODAVÍA INFLUYE EN CONTRA DE LAS RELACIONES AUSTRO-ITALIANAS. ESTE HECHO CONSTITUIRÁ UN PUNTO DELICADO PARA EL PORVENIR».

Ya, desde 1913, no practicaba Austria la política estipulada en el tratado. Y como éste lo utilizó a sabiendas contra lo que expresamente había desautorizado Italia, o sea en favor de toda acción contraria al equilibrio balcánico, especialmente concertado, mas como los italianos, señores, no contemplaban a sus hermanos irre-



dentos con la resignación con que veían los alemanes a los suyos, por obediencia a Bismarck, en ello está el porqué de la guerra, y explicada por el que rigió los destinos del Imperio desde 1897 a 1909, con una autoridad y precisión que, seguramente, no querrán discutirle Tittoni, Sonnino, Salandra y Boselli.

Y porque esto ha sido así—permitidme que insista—, y porque Austria procedió contra lo pactado, revisado y refrendado, en oposición a la Triple y a las aspiraciones italianas sobre el Adriático, Asia Menor y países irredentos, el *nacionalismo* veló por la suerte de aquéllos, por la dignidad de las mismas, y el Gobierno, en virtud del artículo 7, pidió las *compensaciones* que tenía derecho a exigir la parte que no rompiera el equilibrio balcánico a la que lo alterase. Esto fué lo que hizo Italia. No se resignaba a ver en manos extrañas las tierras irredentas, y por ello Meda, el jefe de los católicos, habló el pasado 29 de agosto ante los jefes del partido reunidos en Milán para obsequiarle con un banquete, en la forma que lo hizo. Mejor que yo, lo dirá el párrafo en que explicaba por qué apoyó a Boselli: «PERO NOSOTROS—dijo Meda—CASI TODOS LOS CATÓLICOS FUIMOS PARTIDARIOS DE LA NEUTRALIDAD EN AQUELLAS PRIMERAS Y ANGUSTIOSAS JORNADAS; NOS INDUCÍA A ELLO LA IMPRESIÓN QUE TENÍAMOS DE LA IMPOSIBILIDAD MORAL DE TROCAR EN INSTRUMENTO DE GUERRA Y PERTURBACIÓN INTERNACIONAL EL ESTRECHO PACTO HECHO CON FINES DEFENSIVOS, Y PARA GARANTIZAR A EUROPA LA PAZ QUE EN EL EQUILIBRIO DE LAS INFLUENCIAS POLÍTICAS Y ECONÓMICAS; JAMÁS HUBIÉRAMOS PODIDO TOMAR POSICIONES EN COMPAÑÍA DE ALEMANIA, QUE



ROMPÍA LAS HOSTILIDADES ATROPELLANDO BRUSCAMENTE UN TRATADO; QUE INVADÍA VIOLENTAMENTE A BÉLGICA, A LA QUE CASTIGABA ATROZMENTE POR LA RESISTENCIA QUE OPONÍA A NO DEJARSE DESHONRAR Y ENVILECER; NUNCA HUBIÉRAMOS PODIDO AYUDAR A LA POLÍTICA AUSTRIACA, GANOSA DE HEGEMONÍA EN LOS BALKANES, POLÍTICA QUE, SI LOGRABA LA VICTORIA, HABRÍA ELIMINADO PARA SIEMPRE TODA POSIBILIDAD DE QUE MEJORASE NUESTRA SITUACIÓN EN EL ADRIÁTICO, ASÍ COMO LA ESPERANZA DE OBTENER EN LOS ALPES UNA FRONTERA MENOS INSEGURA; JAMÁS HUBIÉRAMOS PODIDO VOLVER NUESTRAS ARMAS CONTRA FRANCIA EN EL MOMENTO EN QUE SE VEÍA OBLIGADA A DEFENDER SU TERRITORIO SIN HABER DADO MOTIVO EN NINGUNA FORMA PARA EL INCENDIO DE LA CONFLAGRACIÓN, Y JAMÁS HUBIÉRAMOS PODIDO COLABORAR FRENTE A INGLATERRA, SIN COMPROMETER NUESTRA SUERTE EN EL MEDITERRÁNEO: RAZONES IDEALES Y CONSIDERACIONES LLENAS DE REALIDAD SE ASOCIABAN PARA ENSEÑARNOS EL CAMINO, PARA IMPONERNOS UNA LÍNEA DE CONDUCTA QUE PODÍA TENER LAS APARIENCIAS DE UNA INFIDELIDAD POLÍTICA, PERO QUE TENÍA LA SUSTANTIVIDAD DE UN DEBER MORAL».

Además, en otro lugar, añadió la siguiente frase, que es de un valor histórico: «COMPENDÍ ERA LLEGADA LA HORA DE AFIRMAR, CON MÁS RESOLUCIÓN QUE EN LO PASADO HABÍA SIDO POSIBLE HACERLO, LA FUSIÓN DE NUESTRO ESPÍRITU RELIGIOSO CON NUESTRA ALMA NACIONAL, Y LA DE DISIPAR HASTA LA MÁS LIGERA NUBE QUE SE CERNIERA SOBRE NUESTRA ABSOLUTA LEALTAD». No contento con esto, aclaró Meda su pensamiento con esta consideración: «Si nosotros—dijo—hubiéramos rehusado un deber que se nos ofrecía y se nos pedía, hubiésemos merecido la con-



denación que lanzaba a los republicanos de la izquierda de su país el Conde de Mun: «Vosotros—les decía—no habéis querido que se hiciese la paz— la paz de la unión ante las necesidades de la Patria—; habéis rechazado la mano que se os tendía: Vuestra será la responsabilidad ante el país y ante la historia.» De suerte que, como previó el ex canciller, el autor de *Política alemana*, dependió que formase Italia al lado de sus antiguas aliadas hasta las últimas consecuencias: «DE LA FORMA EN QUE EVENTUALMENTE SE PLANTEARÁN LAS CAUSAS DE UN CONFLICTO EN EUROPA», fondo y forma que, como demuestran los datos aportados y acabáis de oír de labios de un jefe católico, no fueron, precisamente, los más adecuados para conservar la Unión y la Triple.

Podría citar aquí muchos párrafos del magistral discurso de Meda; mas, para los fines de mi tesis, basta con lo expuesto, si bien he de hacer resaltar lo que ya habréis observado, y es que en toda la actuación política de los católicos en estos últimos años ya no hablan del *temporalismo*, ni acusan al Gobierno de faltar a las *garantías* que dictó Italia respecto a la Santa Sede.

Por esto confieso que, cuando a raíz del reprobable discurso del Ministro Bissolati, desautorizado días después por el Presidente del Consejo de Ministros señor Boselli, por si alguien insistía en ver en aquél un eco del Gobierno, publicaba el Cardenal Primado de España su alocución del 30 de noviembre último, me llenó de extrañeza su documento, como también me maravillaron antes las pastorales de los señores Obispos de Badajoz y Vich, como me sorprendieron después la



del Cardenal de Valladolid y otros sufragáneos; «LO MENOS QUE PODEMOS RECLAMAR—ha dicho aquel Purpurado—, Y AUN EXIGIR, DEL GOBIERNO ITALIANO LOS CATÓLICOS, ES QUE CUMPLA SUS DEBERES CON EL PAPA, QUE GARANTICE SU INVIOLABILIDAD PERSONAL, ESCUDÁNDOLE DEL ODIO DE LOS IMPÍOS, SI NO QUIERE PROVOCAR, EN HORA QUIZÁ PRÓXIMA, QUE SERÍA PARA TODO EL ORBE CATÓLICO ACIAGA, LA DOLOROSA NECESIDAD DE QUE EL PAPA HAYA DE ACEPTAR LA PROTECCIÓN Y DEFENSA DE OTROS GOBIERNOS».

Por respeto a la alta dignidad del Cardenal Toledano y a su persona y a la de los otros Prelados, me abstengo de poner comentario alguno a las citadas palabras y a las aludidas pastorales; pero faltaría a la sinceridad de mi alma si no os confesara que estos documentos, por su espíritu y sentido, estaban bien y eran magníficos hace cuarenta años.

Me permitiréis que pregunte yo: Si fuera esa la situación de la Santa Sede, ¿apoyarían los católicos italianos, que tienen mayores motivos para saber cómo es, al Gobierno actual? Si la ofensa que hizo Bisolatti hubiera tenido carácter de voz o eco del Gobierno, ¿sería posible que Meda continuase con su cartera? ¿Se lo hubiera consentido su partido? En modo alguno. Nadie ha protestado de una manera formal, porque la responsabilidad no le alcanzaba a un Gobierno que tiene el carácter de *nacional*, y por ello es por lo que Meda no ha dejado su sillón ni se lo han hecho dejar los católicos italianos.





## El patriotismo del episcopado y el clero italiano

Siguiendo el plan trazado, el hilo de mi exposición, añadiré, brevemente, algo sobre el ejemplo de *singular patriotismo* que ha dado con motivo de la guerra el alto y bajo clero italiano, para que quede más evidente el contraste y rendir a la verdad la debida justicia. Es un hecho que algunos intransigentes están, si bien su número es exiguo, enfrente de los ideales italianos; es cierto que los demócratas-cristianos no dudaron en escoger el partido de la *Entente* desde el comienzo de esta tragedia; es verdad también, como el mismo Meda nos lo ha dicho, que los *católicos organizados* fueron *neutralistas* en aquellas *primeras y angustiosas jornadas*; pero también es irrefutable que el *neutralismo de los católicos* no duró más tiempo que lo que tardó en llegar el día en que el Gobierno, velando por los *vitales intereses* de Italia, recurrió a las armas para realizar sus aspiraciones.

La *Civiltà Cattolica*, órgano de los Jesuítas, dejándose llevar de un arranque de italianismo, decía a este propósito: «LA GUERRA SERÁ ACEPTADA POR TODOS LOS QUE SEAN SINCEROS CIUDADANOS, ENTRE LOS CUALES, LOS MÁS ENTUSIASTAS, LOS MÁS HEROICOS, SERÁN COMO EN FRANCIA Y BÉLGICA, LOS CATÓLICOS.»

Porque este era el espíritu que les animaba, escribía Ettore Janni: «¡CIUDADANOS DE ITALIA! TODO LO QUE PODEMOS DESEAR HOY EN INTERÉS DEL PAÍS Y DE LA RELIGIÓN, ES QUE EL VATICANO NO SUSCITE EN LA CONCIENCIA DE LOS CA-



TÓLICOS ITALIANOS DISENTIMIENTOS ENTRE SU FE DE PATRIOTAS Y SU FE DE CATÓLICOS».

El Papa, en efecto, no suscitó disentimientos; antes, al contrario, dirigiéndose el ex arzobispo de Bolivia, al Cardenal Vannutelli, le dijo con acento de patriota: «DOY MI BENDICIÓN a la NOSTRA DILETTA ITALIA; señores: A MI MUY QUERIDA ITALIA, decía Benedicto XV, con acento que demostraba que no había olvidado su cuna italiana, con ternura que fué un grito del alma que no contradice la jefatura del catolicismo.

Con más libertad que el Pontífice pudo mostrarse el Clero: 18.000 sacerdotes y eclesiásticos se presentaron para ir al frente. La sagrada congregación establecía el *Vicariato castrense*, y el Cardenal Casetta, aprovechando el momento en que se bendecía la bandera de Italia, se presentó ante las tropas, y revistiéndose con los hábitos pontificales, él mismo celebró la ceremonia.

Pero la prueba más concluyente de cuanto estamos demostrando y afirmando, nos la da una colección de pastorales y discursos sobre *L'Episcopato italiano e la guerra*. Así se titula este libro, uno de los más interesantes que ha producido esta gran catástrofe que aflige al mundo. Entre la amplia bibliografía que acerca de ella y sus problemas han publicado los países beligerantes y neutrales, figurará en primer término, y será uno de los que se salven del fuego o del olvido, por contener valiosos documentos acerca del estado de la opinión católica respecto de la guerra, como son las nueve pastorales y discursos de otros tantos Cardenales con diócesis propia en Italia, cincuenta y cinco de otros prelados



y una de monseñor Bartolomasi, Obispo castrense, dirigidas a los sacerdotes y fieles de todo el país y clérigos adscritos al ejército italiano. En todos estos documentos aparece, clara y sin ambages ni rodeos, la más elevada concepción del patriotismo; el testimonio más irrefutable de que, para el alto clero, lo mismo que para el bajo, la cuestión del *temporalismo* es un asunto que sólo a la Santa Sede toca resolver y plantear; pero sin menoscabo ni en daño de la unidad nacional italiana, que para este selecto conjunto de purpurados y Obispos italianos es sagrada e inviolable.

Ponen en él sus nombres Cardenales tan eminentes como Ballieri, Obispo de Verona; Boschi, de Ferrara; Ferrari, de Milán; Nava, de Catania; Maffi, de Pisa; Beda, Arzobispo de Perugia, y Richelmy, de Turín; Obispos tan prestigiosos como el Arzobispo de Udine, monseñor Rossi; Pellizzo, de Padua; Ridolfi, de Vicenza; Rizzi, de Adria; Conforti, de Parma; Bruni, de Módena; Marchi, de Lucca; Mistrangelo, de Firenze; Morganti, de Rávena; Ricci, de Ancona; Andreoli, de Loreto; Bacchi, de Faenza; Brettoni, de Reggio Emilia; Capecci, de Alejandría; Gaggia, de Brescia; Grassi, de Tortona, y otros.

En todas las pastorales vibra el más entusiasta amor a la patria y un reconocimiento tácito a los poderes constituídos. Monseñor Rossi, Arzobispo, como se ha dicho, de Udine, dice en la suya: «LA PALABRA DEL VICARIO DE CRISTO VIENE NUEVAMENTE; EN ESTOS DOLOROSOS INSTANTES QUE PASAMOS, ES TANTO MÁS APRECIABLE, CONFORTABLE Y PRECIOSA, ESPECIALMENTE PORQUE ES LA EXPRE-



SIÓN DE UN LATIDO ESPECIAL DEL AUGUSTO PONTÍFICE HACIA LA «QUERIDA ITALIA...» «Hoy también Italia, nuestra amadísima Italia, se ha lanzado con todas sus fuerzas a la lucha; la noble sangre de sus valerosos soldados llena de púrpura las tierras que se desea reintegrar a su antigua y no olvidadiza madre...

»La Historia sentenciará cuál y cuánta fué la necesidad de afrontar tantos peligros y tantos daños por satisfacer antiguas y siempre fomentadas aspiraciones, para proteger ante la inmensa lucha de los pueblos, sus legítimos intereses. Para nosotros es la hora del deber, de la fraternidad y del sacrificio, y, sobre todo, es la hora de la plegaria y de la cristiana expiación.»

El Cardenal Ferrari dice: «Partid para la campaña; procurad por vuestra conciencia, como os lo enseña la doctrina cristiana, y alcanzaréis todo el valor, toda la generosidad que os es precisa; sabréis sacrificar la vida por la Patria, y lo haréis como un sagrado deber, lo haréis gozosos, sabiendo que vuestro sacrificio tendrá una recompensa: no la del tiempo, no la terrenal, que valen tan poco, sino la del cielo y la de la eternidad.»

El mismo prelado, el día 4 de julio último, pronunció en su catedral de Milán, ante las autoridades civiles y militares, con ocasión de pedir la protección divina y el triunfo para las armas italianas, el siguiente párrafo:

«El precepto divino *«Amarás a tu padre y a tu madre»*, se extiende a la Patria, que en el padre y en la madre encuentra la razón de su existencia. El amor a la Patria — dice el doctor Angélico — es algo divino. Por lo tanto, no regatearla absolutamente nada: cederla



vuestros bienes, las más queridas personas y, si es preciso, la propia sangre, los propios dolores.

«Esto es lo que pide el amor de Patria; esto es lo que estima como sagrado deber todo buen ciudadano. Infeliz aquel que, una vez pasada esta gran hora de prueba para la Patria, se vea en la necesidad de confesar que no ha hecho nada por ella!»

Maffi, el sabio prelado de Pisa, pide que, en el ejército combatiente por la grandeza de la Patria, se forme el mayor ejército orante para pedir la victoria.

No es posible seguir al detalle estas bellísimas expresiones de la brillante explosión del patriotismo del clero y los católicos italianos, porque no lo permite la brevedad de este acto; pero, como última y elocuente confirmación de que la unidad italiana es asunto indiscutible para la mayoría de los prelados de Italia, trasladaré las entusiastas palabras del diocesano de Sarzana:

«¡Que ondee bien pronto nuestra bandera sobre las provincias reconquistadas, en testimonio del triunfo del derecho y de la equidad! ¡Que Dios bendiga a nuestro *augusto Soberano*, y que bendiga a nuestros soldados!»

Tan interesante como la anterior, es la oración que se ha repartido a las tropas con la autorización eclesiástica. Ella dice:

«Señor, Dios de los ejércitos, nosotros no te pedimos más que justicia. Las tierras de Italia no deben pertenecer más que a los italianos. Tú nos las distes. Nosotros derramaremos la sangre por ellas. Ya que el día de hacerlo ha llegado, bendice nuestras armas, Señor; *bendice a nuestro Rey*; bendice al valeroso ejército, dispuesto



a morir por la patria. Concédenos la victoria juntamente con la palma de la paz.»

### Cumplimiento de la ley de garantías

La «*Civiltà Cattolica*», órgano de la Compañía de Jesús, a primeros del año de 1915 veía, en la sola probabilidad de que Italia tomase parte en la guerra, la demostración irrefutable de la insuficiencia de la *Ley de garantías*. Un escritor, quizá el más autorizado de cuantos militan en el campo católico, el marqués Felipe Crispolti, por la misma fecha, no sólo abundaba en el mismo orden de ideas, sino que sostenía, además, que la *Ley de garantías*, a la que, desde el 70 hasta hoy, se han acogido todos los Gobiernos que tienen súbditos católicos, no había sido aplicada jamás.

Para que lo fuese, según Crispolti, era menester que ocurriesen uno de estos tres casos: 1.º Que el Papa saliese del Vaticano. 2.º Que aceptase la dotación anual de 3.225.000 liras que el Gobierno italiano le señala en el art. 4.º de aquélla. Y 3.º Que Italia se viera comprometida en una guerra internacional.

Calificaba este último caso, el ilustre escritor, de *punte del asno* de la *Ley de garantías*; «porque, ¿cómo — decía — podrá un Estado en guerra tolerar en su seno y defender, además, eficazmente el poder mundial del pontificado, poder que con tan reiterada insistencia se le ha presentado como enemigo del Estado italiano? ¿No tendrá éste, cuando menos, el deseo de suspender las *garantías* pontificias, de igual modo que se hace con las



constitucionales? ¿Se le garantizará por medio de la estricta observancia de la referida *Ley*, aquella tranquilidad y neutralidad que poseía cuando disfrutaba la Santa Sede del *poder temporal*? En una palabra: ¿tendrán razón aquellos que temen por la seguridad personal del Papa y por la independencia de su soberanía espiritual?» Así planteaba la cuestión el confidente de Su Santidad Benedicto XV en los días en que la tirantez de relaciones entre Italia y Austria hacía presagiar la tormenta. Ésta se desencadenó; pero hasta la hora presente, ni el Papa ha salido del Vaticano, ni hay barruntos de que salga, a pesar de las reiteradas indicaciones que se le han hecho para que se trasladase a El Escorial; indicaciones que se hacían, y tal vez por alguien que ocupa altísima jerarquía, con la piadosa intención de que nos honrase con su visita; pero que, según el deseo de la propaganda y pluma de otros, no cabe duda que era con el fin de buscar la prueba para demostrar que corría riesgo la persona del Soberano espiritual y la insuficiencia de la *Ley de garantías*. Pero el Papa no se ha hecho eco de tales insinuaciones, porque tras estar en evidente contradicción con la necesidad y la realidad, sabía que muchos solamente trataban de hacer el juego a los enemigos de Italia. Los temores de Crispolti, como era de esperar, han salido fallidos.

Esto no obstante, no faltaron en Italia personas de autoridad que aconsejaron al Gobierno la total o parcial suspensión de la ley de 13 de mayo de 1871. Varón tan ilustre como Francisco Scaduto, pedía a lo menos la suspensión del art. II, que dice:



«LOS ENVIADOS DE LOS GOBIERNOS EXTRANJEROS ACREDITADOS CERCA DE SU SANTIDAD, GOZARÁN EN EL REINO DE TODAS LAS PRERROGATIVAS E INMUNIDADES PERTENECIENTES A LOS AGENTES DIPLOMÁTICOS SEGÚN EL DERECHO INTERNACIONAL. LA SANCIÓN PENAL PARA LAS OFENSAS CONTRA ESTOS REPRESENTANTES, SERÁ LA MÍNIMA QUE SE APLICARÍA PARA LAS DE LOS ENVIADOS EXTRANJEROS ACREDITADOS CERCA DEL GOBIERNO ITALIANO.»

»LOS ENVIADOS DE SU SANTIDAD CERCA DE LOS GOBIERNOS EXTRANJEROS, TENDRÁN DENTRO DEL TERRITORIO DEL REINO LAS PRERROGATIVAS E INMUNIDADES DE COSTUMBRE, SEGÚN EL MISMO DERECHO, TANTO AL IR COMO AL VOLVER.»

Buzzati, no menos prestigioso, sostenía que el Gobierno estaba en el derecho de invitar a los representantes alemanes y austriacos a tomar, no el segundo, sino el primer tren que partiera hacia las fronteras de sus países; pero Italia, señores, el Gobierno responsable, no sólo se negó a secundar tales demandas, sino que, manteniéndose fiel a la tradición liberal, a la voluntad nacional, sostuvo sin titubeos la integridad de la ley, su más exacto cumplimiento, su intangibilidad absoluta.

Además, a fin de dejar a la Santa Sede en la plena libertad de su ejercicio espiritual, le ha brindado los medios para comunicarse libre, expedita y seguramente, con todo el mundo católico, sin ninguna ingerencia suya ni de la Administración pública, ya sea custodiando la correspondencia expedida por el Sumo Pontífice a los correos de gabinete de los Gobiernos extranjeros, ya concediendo la instalación de oficinas postales y te-



legráficas pontificias, así como el traslado directo de los paquetes de cartas y telegramas.

La *ley de Garantías*, como habéis oído por la lectura del art. II, ha reconocido a todos los enviados extranjeros ante la Santa Sede, las inmunidades y prerrogativas que concede el derecho internacional a todos los representantes de unos Estados en otros. El *uso* y la *costumbre* de cambiar representantes a base de ese reconocimiento, ha dado a la *ley* el carácter de *convención implícita*, como dice Federó en su *Curso de Derecho diplomático*, transformándola en *regla internacional*. E Italia así la reconoce y así la respeta.

Si me propusiese probarlo, me vería precisado a alargar esta conferencia en unos términos que la harían doblemente insoportable de lo que va siendo. El que quiera ilustrarse sobre ello, no tiene más que seguir la historia de las relaciones de todos los países con la Santa Sede desde el año 1870 a 1914. Pero, como el órgano de los jesuitas en Italia ha planteado el problema en el desagradable terreno experimental de la guerra, tengo el deber de ocuparme del curso y suerte que han corrido esas relaciones dentro de los días de la presente, porque no trato sólo de hacer justicia a la conducta seguida en esto por una nación amiga que tiene mi particular admiración y cariño, sino sobre todo de ilustrar a la opinión española, tan desviada en este asunto, como en otros muchos, de la verdad por una acción reaccionaria, por una intolerable propaganda que la aviva y que perturba al país; propaganda que aquí, y fuera de aquí, tenemos la obligación de condenar, tanto privada como



públicamente, de un modo solemne, como creyentes, como patriotas. Nadie tiene derecho ningún poder extranjero, por poderoso que sea ni por victorioso que fuere, para suscitar nuevamente aquella lucha civil que se desarrolló en el solar español con motivo de la cuestión religiosa, y mucho menos para propalar una situación angustiosa del Pontífice que pugna por completo con la verdad.

Dejando, señores, toda digresión, y volviendo la nave a su antigua ruta, explicaré cómo se ha desenvuelto la vida de la Santa Sede desde el 24 de mayo de 1915 hasta hoy. Veámoslo.

Según la Prensa interesada en hacer ver lo contrario, sin garantía alguna, sin tranquilidad. Si examinamos fríamente sus lamentaciones, se concluye que les faltan justificación. Comencemos por la marcha de los embajadores. Yo no estaba entonces en Roma; pero a personas dignísimas y de alta posición eclesiástica y diplomática neutral, les he preguntado lo que pasó, y, todas a una, me han referido que, en la noche del 24 de mayo de 1915, Su Alteza Serenísima el Príncipe Schönburg - Hartenstein, Embajador de Austria, y su excelencia el Barón de Ritter de Grünstein, Ministro plenipotenciario de Baviera, y Su Excelencia el Consejero Doctor Nühlberg, Ministro plenipotenciario de Prusia, todos ellos acreditados ante Su Santidad, salieron sin ningún obstáculo de Roma, presenciando su partida una gran masa de público que tuvo el más correcto proceder. Pues bien: ¿quién había de figurarse, y sobre todo Scaduto y Buzzati, que habían aconsejado ciertas limita-



ciones en la práctica de la *ley de Garantías*, limitaciones que el Gobierno desechó, que sobre esta *partenza spontanea* de los representantes imperiales se habían de hacer versiones tan opuestas a lo acaecido? Todos los diarios reaccionarios del mundo, y especialmente los nuestros, sostuvieron y propagaron que habían abandonado Roma «para amparar su dignidad personal y las prerrogativas propias de su cargo.».

Un diario de Munich, añadía: «*Han partido porque no había ninguna garantía de que el Gobierno italiano hubiera podido mantener su promesa de proteger la inviolabilidad, caso de que la hubiera prometido, contra las demasías de la chusma romana*». Si alguna vez hubiere habido la más pequeña duda acerca del error que se hubiera cometido secundando a Scaduto y a Buzzati, la Prensa retrógada se encargaba de deshacerla.

La marcha de los representantes imperiales fué, vuelvo a repetirlo rotundamente, voluntaria; a ellos, como a todas las demás naciones, se les hizo entender que no correría ningún peligro su inviolabilidad personal, ni en el ejercicio de sus funciones; y aunque el *Osservatore Romano* insinuó que acaso el Gobierno hubiera sometido a una censura pontificia la correspondencia cifrada, sobre aquéllo y de esto únicamente hay que decir lo que en la Cámara afirmó el Guardasellos señor Orlando: que la *ley de Garantías* no fué violada; que la partida de los representantes fué realizada por su perfecta y libérrima voluntad.

Siendo así los hechos, ¿a quién puede achacarse la



ausencia de los dichos representantes, sino a los Gobiernos que los retiraron?

Otro extremo ha sido muy traído y llevado: *La dificultad de la comunicación del Pontífice con el mundo católico*. Sobre este punto, tan sólo hay que decir que no se debe al incumplimiento de la *ley de Garantías* ni a otra del reino de Italia esa dificultad, tan sólo imputable a la guerra misma.

Supongamos restablecido el poder temporal a base mucho más extensa que aquella que tenía cuando se anuló; ¿podría el Estado pontificio sustraerse a las consecuencias de una guerra europea, a las de una guerra en que los bloqueos juegan tan importante papel? No, señores; y porque no podría sustraerse, no es de buena crítica achacar el estado de cosas, que padece como todos la Santa Sede, también a incumplimiento de ninguna ley ni a responsabilidades de Italia, sino a los factores que comprende la guerra, cuyo desenvolvimiento y enorme desarrollo han traído como secuela la limitación, cuando no la anulación de las comunicaciones.

Un punto me falta que tratar que no quiero pasar por alto: la salida de Roma de algunos Generales de Órdenes. Si el General de los Jesuítas, conde Ledochowsky, y el Abad primado de los Benedictinos, Barón Stotzingen, austriaco aquél y badese el último, han dejado de residir en Roma, no ha sido por requerimiento del Gobierno italiano; el libre y seguro viaje del Cardenal Hartmann, ha demostrado hasta la evidencia cómo pueden hacerlo también, con igual libertad y seguridad, cuando quieran, todos los prelados austriacos y alemanes;



por lo tanto es falso, de toda falsedad, sosténgalo quien lo sostenga, que el Gobierno italiano haya indicado a ninguna dignidad eclesiástica de los Imperios que se dispusiese a salir de Roma, y, a la vez, faltan a la verdad los que digan que no les amparaba, o ampararía debidamente, o que les ha limitado el ejercicio de su libertad individual. El propio Santo Padre lo ha reconocido así en la célebre alocución del 6 de diciembre de 1915, cuando dijo que: «Si bien surgían algunos inconvenientes lamentables, era *non ostante la buona volontà dei governanti.*»

¿Qué más podré yo decir? Tan sólo que, en el caso que más dudaba Crispolti que pudiera llevarse a cabo el cumplimiento de la *ley de Garantías*, ésta se ha observado estrictamente por parte del Gobierno italiano, demostrándose además, de un modo irrefutable, la sabiduría y la excelencia del principio que la informó, la intrínseca bondad y oportunidad política de sus normas, su adaptabilidad a las condiciones más arduas y más complicadas. Meda, señores, no hubiera tolerado lo contrario.

### Conclusión

La estricta objetividad a que he sujetado mi exposición, acaso me habrá llevado a extremos que, a los ojos de algunos, mejor hubiera sido que no los hubiera rozado; pero a quien se dedica, como yo, a la historia como especial objeto de su actividad, no se le puede pedir que emboce las conclusiones que ha llegado a tener como únicas probadas. No; Menéndez y Pelayo lo



dijo claramente: *La Historia no es un libelo*. Y porque no lo es, para mí resulta de lo expuesto que el *Non expedit* ha muerto, aunque ningún documento lo haya derogado expresamente: lo han deseado los sucesos, la realidad, el positivismo de la vida. Que si los católicos italianos fueron enemigos, desde 1870 al 74, de su Estado y observantes de la doctrina de Margotti, *ni elegibles ni electores*, poniendo en práctica después la *preparación en el retraimiento*; y a consecuencia de convivir más cerca de las masas se agigantó su patriotismo, inspirando éste a Toniolo LA RESTAURACIÓN DEL ORDEN SOCIAL CRISTIANO SEGÚN LA IGLESIA, Y LA TRADICIÓN DE LA CIVILIZACIÓN ITALIANA EN ENLACE CON LA MISIÓN DE LA IGLESIA Y DEL PONTIFICADO, como más tarde, en 1900, a Meda, que *no había oposición entre el Estado moderno y el catolicismo en Italia*. Que S. S. Pío X derogó tácitamente el *Non expedit*, consintiendo primero, y aconsejando después, la entrada de los católicos en el Parlamento, punto en el que estribaba toda la virtualidad del documento; en fin: que el clero y los católicos obraron por amor a la Patria, tanto al apoyar la neutralidad como al Gobierno cuando éste creyó, con todo el país, que salir de ella era lo que procedía y convenía a la dignidad nacional para el logro de sus aspiraciones más vitales. Que de haber sido obra de *traidores* la ruptura con Austria, ni el alto ni el bajo clero hubieran prestado su concurso a una villanía; que los católicos, al consentir que Meda los representase en el Gabinete nacional, ya tácitamente relegaban a segundo término el *temporalismo*, y, por último, que la fusión la *Unión sagrada* se ha he-



cho en Italia, no sólo por demandarlo el patriotismo de los católicos italianos, sino porque éstos no han tenido ningún pretexto para abstenerse; que a pesar de todas las dificultades que origina la guerra, no se han atropellado, ni se han dejado de observar las garantías que en 1871 aseguró Italia a la Santa Sede.

\*  
\* \*  
\*

Al comenzar esta conferencia puse de manifiesto aquellas frases de mi antepasado don Joaquín Francisco Pacheco, que compendiaban mi pensamiento; dijo él a la Reina Isabel II, como recordaréis, que le ofrecía **ALGUNAS CONSIDERACIONES — sobre Italia — DE LAS QUE INSPIRA NATURALMENTE A CUALQUIER ESPÍRITU GENEROSO QUE SE ENTUSIASMA CON LA BELLEZA Y QUE TOMA INTERÉS POR LA SUERTE Y LA DIGNIDAD DE TAN NOBLE Y SIMPÁTICO PUEBLO.** Al recoger sus palabras como mías, y dedicaros a vosotros mis propias consideraciones, no he hecho más que confirmar deslabazadamente que, durante mi estancia en dicho país, como después de mi regreso, también me tomé *interés por la suerte y la dignidad de tan noble y simpático pueblo*, interés que tuvo por mira, y que tiene por única, la de destruir tradicionales prejuicios para estrechar nuestras relaciones, deshaciendo los obstáculos que se oponen a ello, mas queriendo preceder siempre según la enseñanza agustiniana fin de la historia *Veritas est id quod est.*













